

¿Cómo citar los artículos de este libro?

Apellidos, Nombre (del autor del texto elegido) (2010). "Texto" (del artículo), en Aguilar Gil, M. (Coord.) *Construcciones y deconstrucciones de la sociedad*. Toledo: ACMS, pp. (de inicio y final del artículo elegido).

JOSÉ LUIS ANTA FÉLEZ.  
(Universidad de Jaén).

## Resumen

---

De lo que queremos hablar es de un nosotros, de un espacio donde el sujeto esté en relación, más o menos definido con la intención de su discurso. En consecuencia, de un método que tenga que ver con el lugar y con su capacidad de transformarlo en el tiempo. Pero un método para el género sólo puede pretender a lo visible, a dar nombre a lo que no lo tiene, a lo que se ha extraviado y sacado de aquello que, siendo discurso, no es individuo, en última instancia, en desarrollar una teoría de la imposibilidad de la naturaleza, es decir, del lugar cultural. Este nuevo método tiene que ver con la geografía de lo no-dicho, una topografía de los espacios primarios, de los infiernos particulares y sociales y de lo que en su primer orden es imperfecto. El método de la teoría de género busca, en primer lugar, unas nuevas palabras; es un ejercicio de epifanía y deificación. Pero estas palabras tienen que terminar con otras. El método tiene que ser, además, un lugar de supresión, un lugar que políticamente permita decir lo que ahora no tiene si no la forma definida en la imperfección. Anclada en el vocablo mujer, la nueva palabra tiene que partir de su sumisión como lugar desde el que hay que partir para llegar a una cierta nada. La nada es un lugar clave en el método.

**Palabras clave:** método, género, mujer, búsqueda, performance.



# UNA PRIMERA MIRADA EN LA BÚSQUEDA DE UNA METODOLOGÍA DE LOS ESTUDIOS DE GÉNERO

## Introducción

He escrito este trabajo para mí, para no entrar como un elefante en una cristalería, para que me de cuenta dé dónde parto y lo que yo puedo hacer, porque obviamente todo me deslegitima y necesito saber cuál es mi lugar en este mundo, y en el mío también.

En cualquier caso de lo que queremos hablar es de un nosotras, de un espacio donde el sujeto esté en relación, más o menos –ya veremos– definido con la intención de su discurso. En consecuencia, de un método que tenga que ver con el lugar y con su capacidad de transformarlo en el tiempo. Pero un método para el género sólo puede pretender a lo visible, a dar nombre a lo que no lo tiene, a lo que se ha extraviado y sacado de aquello que, siendo discurso, no es individuo, en última instancia, en desarrollar una teoría de la imposibilidad de la naturaleza, es decir, del lugar cultural. Este nuevo método tiene que ver con la geografía de lo no-dicho, una topografía de los espacios primarios, de los infiernos particulares y sociales y de lo que en su primer orden es imperfecto. El método de la teoría de género busca, en primer lugar, unas nuevas palabras; es un ejercicio de epifanía y deificación. Pero estas palabras tienen que terminar con otras. El método tiene que ser, además, un lugar de supresión, un lugar que políticamente permita decir lo que ahora no tiene si no la forma definida

en la imperfección. Anclada en el vocablo mujer, la nueva palabra tiene que partir de su sumisión como lugar desde el que hay que partir para llegar a una cierta nada. La nada es un lugar clave en el método. El lugar por antonomasia, si se quiere ver así. Pero un lugar tan definido como la nada tiene que ser llenado por algo que lo merezca, que le sea acorde y termine por darle un sentido finalista. El primer problema no es llenarlo, de eso nos encargaremos luego. El verdadero problema es reconocer ese lugar concreto que es la nada.

Para cierto feminismo clásico, y que en cierta medida habita hoy en el territorio de los partidos políticos, es evidente que la estrategia metodológica tiene que ver con el problema del reconocimiento: había que realizar aproximaciones que, primero, revelaran el lugar de la mujer y, segundo, realizar algún tipo de denuncia al respecto. El tercer paso, el que parece obvio, era sacar a la mujer de ahí, de ese lugar que se entendía como el natural, y llevarla, si no hacia el espacio masculino, al menos a un lugar que sería más social, más público, más de todos. Pero el camino a recorrer se mostró, desde el primer momento, de una enorme dificultad, con muchos obstáculos y problemas, y que la aparente ganancia, un lugar en el sitio de todos, no aseguraba el que la mujer saliera de los espacios que previamente se le habían asignado. Tenemos, pues, por un lado, que aplicar metodologías que nos muestren los espacios en que han vivido las mujeres y, por otro, que nos enseñen además ese lugar en el que ahora se mueven. Resulta obvio, en este sentido, que la búsqueda de esa meta-metodología tiene que ser algo que está en el desván y que se rehace en un taller con cierta maquinaria de las nuevas tecnologías. En última instancia, una metodología que es otra-metodología, donde se resuelvan de plano los serios problemas e inconsistencia de una epistemología basada en criterios homo-genéricos y hetero-dominantes.

## 1. El método en los estudios de género

Aquí nos referimos a la propedéutica de los estudios de mujer y la búsqueda de un más allá epistemológico. Por decirlo rápido, la cuestión es que nos encontramos que las metodologías, por un lado, no nos valen, ya que reproducen los sistemas de saber en función de paradigmas dominantes, por otro, que son sólo aparatos, porque dan por hecho que los datos son verdaderos y validos, y, por último, que nos tipifican, porque no se establece de manera ajena, crítica, a lo que plantean. Esto no es nuevo en el mundo de las ciencias sociales, ya que la entrada de un nuevo paradigma, un nuevo giro, una nueva mirada, impone un cierto grado de imposibilidad con relación a la metodología en estos mismos términos. De ahí que los grandes cambios tienen que ver, por encima de cualquier otra consideración, con la incorporación de nuevos objetos de estudio que requieren de nuevas metodologías. Los estudios de género y la incorporación de una “mirada mujer” parten en cierta medida de estas des-ventajas, pero que, a su vez, es evidente tienen algo de liberador, incluso de revelador. La metodología de los estudios de género no es un camino científico más, es, ante todo, un creador de topos, de espacios no revelados que a la larga tienen que ser de encuentro, de reconocimiento y consecuentemente de liberación.

Dicho de otra manera, lo que aquí nos proponemos es encontrar el método (*camino*) que nos lleve a un nuevo espacio. Así dicho significa que tenemos que aprovisionarnos de un buen número de pertrechos en función de lo que podamos encontrar y que tenemos que poseer el valor del explorador de nuevos mundos. Pero aquí hay que dejar claro que estamos ante una realidad que impone que el

camino tiene tanta, o más, importancia que el destino. Por aquí de lo que se trata es de crear, de generar, y es casi seguro que una vez empezado el camino no haya vuelta atrás. Y, por supuesto, tenemos una cierta idea de cuál es el camino porque han existido algunas exploradoras antes que nosotras, que de manera siempre valiente, a veces solitaria, y no pocas veces corriendo riesgos que el mundo de las masculinidades han determinado como poco razonables. Esta gente de espíritu inquieto realizan lo más arduo de la exploración inicial y, consecuentemente, es lo mínimo que les reconozcamos su mérito y su valía y que aprovechemos la senda abierta.

En los estudios de género, de mujeres, hay cuando menos tres niveles diferentes cuando hablamos de un método. Uno es el obvio, el reconocimiento de que hay algo llamado mujer en lo social, en lo histórico, en lo humano. El segundo, que existe una lucha, un forma política concreta que tiene que tener un camino, aunque no se sepa cuál es el destino. Y, por último, tiene que darse un punto de disolución, un momento en que todo lo dicho sirva para estipular un algo realmente nuevo, diferente y *novedoso*. Estos tres niveles son el mismo camino, pero tienen velocidades diferentes, producto del rozamiento con lo social y, a su vez, de la potencia de la máquina. Pero todas tienen un común denominador:

*“Hay momentos en la vida cuando la pregunta de saber si uno puede pensar diferente de lo que uno piensa, y percibir diferente de lo que uno ve, es absolutamente necesaria si uno va a continuar observando y reflexionando” (Foucault, Historia de la sexualidad, vol. 2).*

En efecto, pasado el género en disputa, que diría Butler, la metodología de los estudios de género sólo consiste en intentar pensar de una manera diferente, incluso contra lo que uno mismo cree. Tiene que partir de una reflexión profunda de lo que hasta ahora hemos llamado pensamiento. De hecho, los tres niveles que podemos reconocer en la metodología sobre el género sólo pueden ser abordados si se tiene en cuenta que de alguna manera hay que desarrollar algún tipo de camino nuevo, donde la relación entre pensamiento (y su posible acción) y reflexión estén trastocados casi hasta el punto de que sean contrarios a los principios básicos del sentido común. Mucho de lo que llamamos pensamiento femenino clásico (desde Pizan hasta Beauvoir) ha luchado de alguna manera con esa idea tópica, casi primigenia, de que el sentido común manda, de que existe algún tipo de directriz en el camino. Y, por el contrario, un método tiene que ser otra cosa, una enorme lucha de machetazos a un constante las cosas son así.

En cierta medida, y en un primer estadio de las cosas, parecería que los estudios de género son más un club social de amigas que toda una nueva perspectiva de la reflexión. Se ha incidido en exceso que la metodología tiene que estar en relación con los propios estudios disciplinares, la insistencia de que existe un método filológico, geográfico, sociológico... y que de alguna manera “los estudios de género” son una serie de totalización de una mirada hacia la mujer, como si se diera una suerte de existencia más allá de toda disciplina que uniera a todo en tono a los discursos dominantes. Esta transversalidad de los estudios de género, incluso del feminismo en cuanto práctica, choca brutalmente con el sentido común, pues en última instancia y por propia voluntad todo ello está enmarcado en un sistema de ciencia básicamente patriarcal –y siendo el vocablo tan poco operativo aquí parece irle como anillo al dedo–. Es decir, esta idea de transversalidad de los estudios de género no pasa de ser una *metaidea*, una forma, una voluntad de presencia, si se quiere decir así, de unas disciplinas cerradas en sí mismas y que

a lo más lo único que pueden hacer es plantear algún tipo de lucha al interior para que sea reconocido el variado y fundamental papel de la mujer.

Por ejemplo, Annette Gough (1999, "The power and the promise of feminist research in environmental education", en *Southern African Journal of Environmental Education*, 19: 28-39) plantea de una manera muy gráfica cómo el papel de la mujer ha sido ninguneado en el doble sistema educativo y en el ambiental. De alguna manera ella establece tres campos de acción metodológica, y de aquí la importancia de este trabajo que hoy podría decirse desfasado, primero que las mujeres tienen campos de acción específicos: sus roles públicos en tanto mayoría de la fuerza de trabajo en materia de salud, educación, bienestar y servicios a la industria; sus roles privados como asistentes sociales (*care-givers*), administradoras de granjas, comunidades rurales de carácter familiar y principales compradoras de alimentos y consumidoras de bienes; y las muchas arenas públicas (pagadas) y privadas (sin pago) donde las mujeres tienen una mayor responsabilidad en la administración para el cambio y la transmisión de valores sociales. Como segunda estrategia de investigación ella propone entrar directamente en un mundo de acciones: alcanzar la igualdad de oportunidades para las mujeres (como la eliminación del analfabetismo); incrementar la proporción de mujeres como tomadoras de decisiones en la ejecución de políticas y programas para el desarrollo sustentable; y reconocer a las mujeres como miembros iguales de los hogares, tanto con respecto a las cargas de trabajo como a las finanzas. Hasta aquí podría decirse que se trata de un trabajo clásico, por común en su planteamiento, tanto porque aplica los conocimientos pre-reconocidos de su disciplina académica, cuanto más porque cumple a raja tabla con lo que podría decir cualquier manual al uso de los estudios de género: desvelar y plantear. Pero la propia Gough no se queda ahí al intentar plantear si hay un método más allá, un "algo" que pueda ser propio independientemente de la disciplina de base que se tome. Y llega a la conclusión, tras darle un repaso a Harding (1987, *Feminism and Methodology*. Bloomington: Indiana University Press), de que las cosas parecen estar así:

*"La confusión entre métodos (técnicas de recolección de evidencias), metodología (una teoría y análisis de cómo debería proceder la investigación) y epistemología (aspectos sobre una teoría adecuada o una estrategia justificatoria) no es exclusiva de la investigación feminista. Tales confusiones abundan también en la investigación no feminista. Tanto en la investigación feminista como no-feminista, 'método' a menudo remite a todos los aspectos de la investigación, por lo que resulta difícil discutir sobre la singularidad relativa a la investigación feminista" (Gough, en el trabajo citado).*

A continuación y tras un enorme discurso propone los siguientes puntos para entender si existe, o no, una metodología propia: el feminismo es una perspectiva, no un método de investigación; las feministas emplean una multiplicidad de métodos de investigación; involucra una crítica en curso a la academia no feminista y también al academicismo feminista; es guiada por la teoría feminista; puede ser transdisciplinaria; se propone crear el cambio social; se esfuerza por representar la diversidad humana; frecuentemente incluye al investigador como persona; intenta desarrollar relaciones sociales con la gente estudiada; y, por último, frecuentemente define una relación especial con el lector. En pocas palabras, la metodología feminista es una sensibilidad que, podemos concluir de Gough, introduce a la "mujer" en el sesgo de la investigación. Es, por decirlo rápido, una suerte de panhumanismo con la conciencia del cambio.

Si he puesto el ejemplo de Annette Gough es simplemente porque es muy representativa de lo que ha sido el planteamiento de una metodología propia de los estudios de género, donde la crítica es siempre hacia fuera: una sociedad mala que hace mal y que necesita ser corregida, y donde la metodología es reconocer a la mujer como actor social. Hasta aquí qué se puede decir, pues nada, que tiene razón. Plantea, además, que esta metodología tiene que ser un hecho activo, que produzca cambios sociales significativos... y ya está. Es, por decirlo con otras palabras, una excelente lectura del sentido común. Y de ahí partimos para entender que se tiene que profundizar en una senda que seguramente está muy alejada de estos, pragmáticos y legítimos, resultados.

Cuando se plantea que el feminismo, y por inclusión los estudios de género, se dedica a la deconstrucción de los discursos dominantes –y, por extensión y sospecha, a escuchar y validar el de aquellas que no tienen voz–, ¿se ha de entender que el feminismo es una herramienta?, ¿qué el método es la deconstrucción?, ¿qué el feminismo no es un discurso?, ¿o, simplemente, que existe una metodología propia y exclusiva para observar los discursos dominantes? Estas preguntas no sólo son la provocación que parecen, sino que proponen que si el feminismo tiene como premisa la no-sustancialidad del hecho mujer no puede, a su vez, esencializar sus métodos. De aquí se podría deducir que es lícito pensar que estamos ante aquella formas de sensibilidad que poníamos en el ejemplo de Gough. El método, por decirlo así, del feminismo sería según estas teoría un no-método, sólo unas gafas, un dispositivo externo que corrige una desviación. En este sentido sólo una cosa más para acabar con estas reflexiones. Lo que muy pocos tratan de plantear es que el verdadero método está en el lenguaje, sea cual sea (desde el más familiar y cotidiano hasta los lenguajes matemáticos más abstractos), en encontrar un contra lenguaje que diera con la disolución absoluta de la mujer como parte del sistema sexo-género. No ya sólo como un nuevo Cyborg, sino como algo que conforma una nueva sociedad diferente. La palabra que no terminamos de entender es propiamente la que el sentido común no ofrece: lo diferente (que no sólo la deferencia, un estadio en la lucha por los derechos de la igualdad). Un mundo diferente donde no existan hombres y mujeres, ni un humanismo que lo aglutine, ni una hegemonía que lo legitime, ni una ciencia que lo estudie, ni un método que lo cuestione.